Niveles

◆

FERNANDO CURIEL

A la memoria de Edmundo Valadés, maderista

Primero

En el umbral de un oportuno volumen, hallado al azar, leo lo que transcribo a modo de epígrafe:

> Desde el final del siglo XIX, Vidal de la Blanche hablaba ya de la ciencia de los lugares, otorgándole una clara preferencia a la supuesta expresión ideal de los espacios geográficos: la región, considerada como un ámbito territorial privilegiado para el estudio interactivo entre el hombre y su medio.[1]

De la región capitalina, llamada Centro Histórico de la Ciudad de México, trata el presente ensayo de interpretación. Paseo.

Segundo

A semejanza de 1985, la Ciudad de México trepida y oscila —más lo primero que lo segundo— anunciando nuevos desastres. La situación invita a la conjetura, a una especie de geourbanismo virtual que, no obstante, parta de rotundas certidumbres. Por ejemplo, la de que los daños ocasionados por el terremoto de una década atrás no son atribuibles, en exclusiva, a la naturaleza. A la fatalidad de ésta habrá que añadir la social: edificar sobre suelo volátil, edificar incompetente o fraudulentamente.[2]

Conjeturo, pues.

Una sociedad secreta, surgida de los escombros, la ira y los milagros civiles del septiembre de 1985, cultiva una ciencia —o arte o técnica o poética— de su invención. Aunque su nombre no rompe el círculo del secreto, intuimos su contenido: amor a, tratado de, pasión por la ciudad.

Amén de ritos y hasta juegos esotéricos, que celebra en los edificios por demoler de Tlatelolco, la secta se afana en el cultivo de diversas cuestiones.

Cito algunas:

— La ciudad como ente histórico.

— La ciudad viva, dotada de sensaciones, sentimientos, ideas, sino.

— La ciudad-texto (pero sagrado).

— La ciudad como sede del alma colectiva.

— La ciudad variopinta (calle, barrio, región).

— La ciudad obra en (de) construcción.

Aspectos, los anteriores, de otra parte, sólo por razones metodológicas separados. Para los catecúmenos su misión debe parangonarse con la de quienes, en el remoto pasado, sostuvieron contra viento y marea, a veces con las llamas de la hoguera inquisitorial lamiéndoles las carnes, que la tierra es redonda.

En otras palabras, que, pese a lo que hacen suponer sus mapas, México, D. F. o Manhattan no son ciudades planas. La cartografiada superficie de calles, sitios, monumentos y

---

[1] *Geografía histórica*, introducción y compilación de Claude Cortez, Instituto Mora-Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1991, p. 9.

[2] Puntualiza Cinna Lomnitz: "El desastre del 19 de septiembre de 1985 se origina en dos hechos principales: la explosión urbana, con el desbordamiento del área construida a zonas drenadas —las áreas pantanosas que rodeaban a Tenochtitlan—, y la importación, hacia 1945, de un nuevo tipo de vivienda: los edificios de marcos de concreto armado. Consecuencia: 371 edificios destruidos, todos de seis a veinte pisos, todos en terrenos de lodo lacustre." *La Jornada Semanal*, núm. 28, septiembre 17, 1995, p. 4.

edificaciones, no agota el territorio chilango o neoyorquino. Existen, además, el submundo y el supramundo. Un submundo que no toca fondo en las galerías del metro sino más allá, quién sabe dónde. Un supramundo por encima de sus torres más altas: la de Petróleos, las Gemelas.

Espacios los tres —afirman— nítidos, visibles, para el devoto, el iniciado. Espacios contiguos, adosados, comunicados. Niveles.

Tercero

Invito a dejar de lado —por ahora— lo de la ciudad viva, sagrada, sede del alma gregaria. Limitémonos, en cambio, a la ciudad como ente histórico; texto (texto, aquí, laico); y obra en de-construcción. Materias que más adelante aplicaremos a la región de nuestro desvelo. Ese Centro Histórico de la Ciudad de México que discurre —arriba, en medio y abajo— entre San Juan de Letrán, República de Perú, Leona Vicario, José María Izazaga. Ciudadela dentro de la megalópolis; origen y desmemoria; lo que fuimos y lo que ya no seremos; sumergida isla imperial y *Speake's Corner*. Sede de poderes y urinario... Y más, mucho más.

Cuarto

En un libro reciente,[3] el estudioso Witold Rybcyznski trae a cuento dos teorías sobre el origen de las ciudades (en el Viejo y en el Nuevo Mundo). Una de Kevin Lynch; otra de Fernand Braudel. Para el primero, las ciudades se edifican de acuerdo a tres modelos conceptuales: cósmico, práctico, orgánico.

Traduzco libremente. Lynch llama al primer modelo "cósmico" para denotar ciudades cuya distribución simbólica representa específicos rituales y creencias.[4] Rituales o creencias no necesariamente religiosos. La ciudad "práctica", a su vez, es la imaginada como una especie de máquina, máquina principalmente comercial. Dichas ciudades son pragmáticas y funcionales; crecen de acuerdo a necesidades materiales. Su forma urbana deriva de la simple adición de partes intercambiables.[5] El modelo orgánico, por último, como su nombre lo sugiere, es el que considera a la ciudad como un organismo: cohesivo, balanceado, indivisible. Caso éste de los pueblos y ciudades medievales, que semejaban más un espacio natural que uno producto del hombre. Calles de variada anchura, rara vez rectas, fluyendo sinuosas a través del casco urbano.[6]

A los tres modelos de Lynch, Rybczynski añade un cuarto. Mismo que expresa el cambio que afectó a las urbes al comienzo del siglo XX: ¿Qué modelo? La ciudad automóvil.[7]

A su vez, para Fernand Braudel, el historiador francés, la primitiva historia de las ciudades europeas indica tres sucesivas etapas: ciudad abierta (Grecia, Roma); ciudad cerrada (la medieval); ciudad sojuzgada (por la monarquía, a la que sucede el Estado).[8]

Para concluir con el punto —el origen—, el autor de *City Life* señala, con acierto indudable, que ciudades y pueblos, al igual que la vestimenta y la alimentación, han sido siempre respuestas locales que incorporan necesidades y sueños igualmente locales.[9]

¿Origen y sino se corresponden necesariamente?

Veamos.

Hace cinco lustros, cuando se recrudecían o anunciaban los rasgos de la ciudad de hoy —descentralizada, automotriz, caótica, suburbial, corporativa—, Christopher Tunnard publicó su profético libro *The City of Man*.[10] De entrada, Tunnard inquiere ya no el pasado sino el presente y el futuro de las urbes. Una es la razón del origen, otra la de la continuidad. Unas ciudades fueron fundadas por razones defensivas, religiosas, políticas, higiénicas, colonialistas; otras nacen de la piratería o el capricho. En su nascencia han participado reyes, dictadores, príncipes de la Iglesia, congresistas, mercaderes, pintores, escultores, arquitectos, peregrinos, especuladores, truhanes. Al margen de su motivación, el éxito de su establecimiento —de haberlo tenido— se debió a su éxito económico. ¿Ocurre lo mismo actualmente? Veamos. Cuatro han sido los impulsos urbanos: 1) *Protección*, 2) *Religión o política*, 3) *Comercio* y 4) *Manufactura*. Hoy por hoy se impone un quinto estadio: los *Servicios*.

En resumen, tenemos que de acuerdo con Colin Clark —citado por Tunnard— la ciudad moderna puede desarrollarse al tenor de las siguientes actividades: 1) *Explotación directa de recursos naturales* (agricultura, pesca, tala, caza, minería, hidroelectricidad), 2) *Manufactura* (producción mecánica y masiva de mercaderías transportables) y 3) *Industrias de servicios* (construcción, comercio, transporte, educación, administración pública, etcétera).[11]

Quinto

La lectura —lingüística, semiótica, literaria— de las ciudades configura ya una práctica frecuente en los medios académicos y periodísticos. Numerosa debe ser, estoy seguro, su paternidad. La lectura de la ciudad invierte la búsqueda de lo "físico" en ese bosque simbólico que es el libro: tipografía, caja, vir-

---

[3] *City Life*, "Urban Expectations in a New World", Scribner, New York,1995.

[4] *Ibid.*, pp. 42-43.

[5] *Ibid.*, pp. 43-46.

[6] *Ibid.*, p. 46.

[7] *Idem.*

[8] *Ibid.*, pp. 47-49.

[9] *Ibid.*, p. 50.

[10] Christopher Tunnard, *The City of Man, a New Approach to the Recobery of Beauty in American Cities*, Charles Sorbner's Sons, New York, 1970

[11] *Ibid.*, pp. 13-20

gulilla, márgenes, cornisas, etcétera. Por el contrario, leer la ciudad significa cazar, en la materialidad urbana, los signos, los símbolos, su textualidad (de la que rótulos, anuncios, inscripciones con pintura *spray*, son sólo parte).

No basta, en ambos casos, la función primaria: decodificar un código en el caso del libro, habitar un espacio en el caso de la ciudad. Un texto impreso no sólo dice su contenido verbal —ficticio o real, emotivo o cognitivo—, sino algo más: metaliterario. Observa —que de observar se trata—, sobre el particular, Michel Butor:

> La página, vista en bloque, incluso antes de que hayamos descifrado la primera palabra, nos propone una determinada figura, rectángulo macizo o recortado en párrafos, aireado o no por medio de títulos, estructurado en versos, estrofas regulares o bien las ágiles fantasías de La Fontaine. El texto se ofrece inmediatamente como algo compacto o aireado, amorfo, regular, o irregular. Y es posible, dar un sentido, cada vez más preciso, a estas figuras.[12]

Si el libro es un territorio, la ciudad es un libro en el sentido más antiguo y oriundo: escrito, documento, narración, relato, poema, orden sígnico, mensaje, literatura icónica.

Sexto

Sábado 4 de noviembre, 10 A.M. Primero circunnavego. Ruta: San Juan de Letrán a partir de Salto del Agua; República de Perú y su cauce un tanto sinuoso; Manuel Doblado; San Pablo; San Jerónimo; Izazaga. Concluida la circunnavegación, cruzo de punta a punta, atravieso caracterizados paisajes, cotejo con la realidad los temas de la poética citadina; intento "leer" la oración Jesús María, la cláusula Vizcaínas, el capítulo Plateros.

¿Cómo? Aquí entra la secta de marras. Afirma Sigmund Freud en un celebérrimo ensayo que ciudades como Roma superponen de manera excluyente ruinas, vestigios y edificaciones presentes. Cito: "Si pretendemos representar espacialmente la sucesión histórica, sólo podremos hacerlo mediante la yuxtaposición en el espacio, pues éste no acepta dos contenidos distintos."[13]

De manera diversa opinan los iniciados de Tlatelolco. Puede y debe "leerse" sincrónica y diacrónicamente el Centro Histórico de la Ciudad de México. Esto en razón de que la vivencia de la ciudad es tan psíquica como espacial. Las etapas de Tenochtitlan: de miserable adoratorio a centro ceremonial. Los rasgos —estilemas, urbanemas— que sorprendieron a la tropa conquistadora: agua, agua en lagos y calles; anchura rectilínea; plazas; puentes; acueductos; portales. La ciudad que sucedió a la isla: española, "plana y extensa", toda ella "bella y famosa". Y la neoclásica. Y la del XIX. Y la del XX. Debe leerse texto y contexto, lo visible y lo invisible. Lo "cósmico", lo "práctico" y lo "orgánico" aquí fundidos. Lo milenario y la economía formal e informal. Cuestión de práctica, de adiestramiento, de malicia. Opinión que comparto.

Séptimo

Concluyo. Empero, donde con mayor enjundia, novedad, manifiéstase el talante de la secta es en su tesis de la ciudad obra en (de)construcción. Tesis conmovedora que va más allá de la llamada re-arquitectura al proponerse rehacer, re-construir, retrazar, re-fundar la capital de la República. No basta leer la ciudad; asimismo hay que escribirla.[14] Y larga es, en lo que hace al Centro Histórico, la lista de proyectos llevados al detalle: parte de Francisco I. Madero, el Templo Mayor, la plancha del "Zócalo". Premisas: subsuelo, suelo, cielo; fauna y flora. No falta quién proponga la multiplicación, a falta de las aves extinguidas, de gárgolas que las reproduzcan en cornisas y torres. Ni —y esto abarca a toda la ciudad— el grupo radical que planee dinamitar edificios y esculturas a todas luces abominables. Acción que de consumarse atañería ya no a la lectura o reescritura, sino a su contrario: el borrado. Asunto que, por ahora, me excede.

P. D. Restaurante Rioja, sur de la ciudad. Rubén Bonifaz Nuño, autor de una teoría que demuestra el carácter eterno de las ciudades, al menos de Chichén y de Roma, especula que tres pueden ser los nombres de la disciplina que cultiva la secta tlatelolca aquí mencionada. O *paleología*, o *poleosofía* o *poleofilia*. Tomo agradecida nota. ◆

---

[12] *Sobre Literatura II*, traducción de Carlos Pusal, Barcelona, 1967, p. 153.

[13] *El malestar de la cultura*, traducción de Ramón Rey Ardid, Alianza Editorial, Madrid, 1978, p. 14.

[14] En esto de la (de) construcción, aclaro, nada tiene que ver uno de los epígonos de la "desconstrucción": Jacques Derrida. De cualquier manera me llama la atención lo apuntado por Roberto Ferro en un trabajo reciente: *Escritura y desconstrucción, Lectura (h)errada con Jacques Derrida*, Buenos Aires, Biblos, 1995, pp. 116-117. Cito sin mayor comentario: "La desconstrucción derridiana no es una propuesta de salirse de la metafísica por un gesto voluntarista, tampoco de un olvido del peso de la tradición que no puede ser obliterada, borrada programáticamente. Se trata de marcar y aflojar los límites del sistema, trastornar el edificio en sus propios ajustes.

Supongamos un edificio con grietas, un edificio que es continuamente redecorado, que cambia el diseño y el mobiliario; la desconstrucción apunta a agravar las fisuras, a mortificar la plenitud adormecedora de la presencia, que es el centro alrededor del que se constituye la metafísica.

La desconstrucción derridiana se propone, en consecuencia, no descartar ninguna de las alternativas, la elección misma es una alternativa asediada por los juegos de oposición metafísicos que ocultan una sumisión. Una estrategia de doble juego, que marca en ciertos lugares decisivos una raspadura que deja leer lo que disimulaba, revelando un corrimiento que exhiba en el texto lo que violentamente intentaba ordenarlo desde afuera. Por otra parte, el doble juego implica el respeto riguroso de las articulaciones de los filosofemas o epistemas haciéndoselos deslizar hasta el punto de su no pertinencia, de su clausura; y, por la otra, el juego de la desconstrucción implica pensar la genealogía estructurada de sus conceptos desde un cierto exterior incalificable, innombrable, determinar lo que esta historia ha podido disimular o prohibir, constituyéndose en historia por esa represión interesada en alguna parte. El doble juego, la intervención a la vez fiel y violenta entre el adentro y el afuera de la filosofía, se produce en un cierto trabajo textual; la desconstrucción es escritura".